

FILOSOFÍA

José Miguel IBÁÑEZ LANGLOIS, *Introducción a la Antropología Filosófica* (4ª edición), «Ediciones Universidad de Navarra, S. A.», Pamplona 1995, 116 pp., 11 x 18

Este breve pero sugerente ensayo aparece de nuevo, ya en su cuarta edición. El autor, Ibañez Langlois, divide en dos partes bien diferenciadas su exposición. En primer lugar intenta bosquejar de modo sumario y certero, los límites de la Antropología filosófica frente a las antropologías positivas, subrayando la peculiaridad del método filosófico en contraste con el método experimental positivo propio de las distintas disciplinas antropológicas. Al mismo tiempo, muestra los límites de la Antropología filosófica, subordinada a la Metafísica de la que recibe sus principios rectores. De esta manera, afirma Ibañez Langlois, evitamos el antropologismo característico de la filosofía moderna, que desembocaría casi inevitablemente en el relativismo del «Hombre medida de todas las cosas». Dentro de este primer capítulo enumera los posibles temas a tratar por la Antropología filosófica, recogiendo gran parte de los temas clásicos de la Psicología racional, pero añadiendo nuevos aspectos descuidados por ella: el trabajo humano, la cultura, el lenguaje, la persona y la sociedad, temas que una Antropología filosófica no puede obviar.

En el segundo capítulo se realiza un rápido recorrido histórico de la antropología a lo largo de la historia: desde la antigüedad clásica hasta el naturalismo actual. En estas pocas páginas, evi-

dentemente, no se pueden abordar con la debida amplitud algunos aspectos históricos que requerirían un estudio por menorizado. No obstante, muestra con nitidez las líneas de fuerza seguidas por la antropología a lo largo de la historia. Ibañez Langlois describe el proceso que va desde la filosofía griega, que considera al hombre como formando parte del cosmos, hasta pasar al advenimiento de cristianismo, que hace resaltar el valor personal de cada individuo y el redescubrimiento de la libertad personal. El hombre, en la edad medieval, está en el centro del universo creado.

Esta imagen del hombre y del cosmos, se verá trastocada con la llegada de la modernidad. Se establece entonces, un marcado dualismo entre la naturaleza exterior que posee sus leyes propias y la razón humana que impone su racionalidad a la naturaleza. En la época contemporánea surgen los existencialismos de diverso cuño, que reaccionan contra los racionalismos e idealismos antropológicos. Por último, el naturalismo actual tiende a reducir o a eliminar las diferencias entre el mundo material y el mundo espiritual, reduciendo éste último a una mera evolución perfectiva de los niveles inferiores de vida.

En resumen, en esta apretada síntesis panorámica se ofrecen a grandes rasgos los puntos fundamentales acerca de la reflexión filosófica del hombre. La aportación del autor tiene por objetivo reivindicar la imagen del hombre como centro del universo, pero reconociendo su carácter criatural. A nivel metodológico, esta concepción pasa por el reconocimiento de la Metafísica como ciencia primera y punto de referencia obligado de la reflexión antropológica.

El estilo ágil y directo, hace que esta obra se diriga a un amplio público, no especializado.

J. A. García Cuadrado

Ildefonso MURILLO (ed.), *La filosofía ante la encrucijada de la nueva Europa*, Diálogo Filosófico/Nossa y J. Editores, Madrid 1995, 648 pp., 15 x 21

Recoge este volumen las Actas de las I Jornadas organizadas por la revista «Diálogo Filosófico» en enero de 1994 para discutir la situación de la filosofía en la Europa de nuestros días.

El editor de la obra ha agrupado ponencias y comunicaciones en cuatro Partes. La primera se centra en las «Concepciones filosóficas de Europa» y reúne diversos estudios sobre la idea de Europa que han forjado pensadores como Fichte (A. Ciría), Nietzsche (L. Jiménez) y Husserl (A. García-Marqués) entre otros. El resto de las colaboraciones se polarizan por una línea más especulativa (así M. Álvarez, M. Jaglowski, D. Innerarity, etc.).

La segunda Parte agrupa ensayos sobre las relaciones entre «Filosofía y religión en Europa»; además de las ponencias de A. Torres-Queiruga y V. Possenti que abordan el tema en toda su generalidad, cabe destacar las comunicaciones de F. J. Martín sobre Simone Weil, la de J. M. Odero que replantea el sentido de la filosofía de la religión y la J. M^a Barrio sobre las relaciones fe/cultura.

La tercera Parte se titula «Filosofía y ciencia en Europa» y contiene un análisis del actual estado de la filosofía de las ciencias (G. Fourez), estudios monográficos sobre el tema en Zubiri (G. Díaz) y G. Marcel (J. M. Seco), además de otros ensayos.

La última Parte —«Filosofía y política europea»— aparece encabezada por las ponencias de Adela Cortina («¿Qué puede aportar la filosofía a una presunta política europea?») y de D. Negro («Situación de la filosofía política y de la inteligencia política europea»). Entre las comunicaciones cabe destacar la de M^a Carmen Dolby sobre la necesidad de una «filosofía pública», la de Carmen Segura, acerca de las raíces helénicas de Europa, y la de M. Fontán, que analiza la situación intelectual creada por la caída del marxismo.

Quizá una de las contribuciones más características de esta obra sea la de Andrés Torres-Queiruga sobre «Filosofía y religión en Europa». Habiendo sido presentada como ponencia es lógico que abarque una amplia extensión temática, suscitando aquí y allá cuestiones que apenas son esbozadas. Sin embargo, cabe decir que el hilo fundamental del discurso es la dialéctica fe/razón que parece recorrer la historia entera de Europa y que, sin duda, es una de las bases más importantes de la cultura occidental. En un primer momento, citando a Hegel, Torres-Queiruga parece aceptar el tópico de una razón esclavizada por la fe hasta que se libera finalmente de ésta; sin embargo, más tarde insistirá en que «razón y religión nacieron de la misma cuna» (p. 199) y que la religión ha sido «matriz fecunda» del logos. A su vez —afirma este Autor— la fe cristiana «encontró las categorías que le permitieron universalizarse» gracias a la «razón griega» (p. 201).

El hecho histórico aludido —una cultura cristiana helenística— es innegable, aunque quizás podía ser formulado con más precisión: la fe tiene una intrínseca dimensión intelectual, de ahí su constante querencia de cultura; en un periodo que se extiende varios siglos antes y después de Cristo los creyentes judeocristianos asimilaban aquellos ele-